

LA ANUNCIATA : UN NOMBRE Y UN PROGRAMA

Escrito por Hna. Socorro Pérez Camposorio y publicado en la Anunciata retomamos el texto por su interés para el estudio Congegacional.

I- LA OBRA DEL PADRE COLL TIENE NOMBRE

El Instituto que el B. Francisco Coll fundó en el 1856 tiene un nombre de fonética clara y sonora, universalmente conocido : **LA ANUNCIATA**.

Este nombre no se debe al Fundador o por lo menos no se ha encontrado hasta ahora consignado en ningún documento, pero parece que estuvo en su mente bien el de Encarnación o Anunciata y el P. Enrich asegura que el Padre Coll dio a la Congregación el nombre de la Encarnación.

El Padre Coll se preocupó sobre todo de fundar Dominicas y, como la forma legal de entonces era insertarlas en la Tercera Orden las llamó sencillamente “Hermanas del Orden de Penitencia de Santo Domingo de Guzmán”. Regla de 1863, o “Hermanas Terciarias Dominicas” en el proyecto de Constituciones hasta hace poco inédito. Tal como estaban las cosas no convenía entonces darle un nombre particular. Y así generalmente se las llamaba: Terciarias de nuestra Orden: P. Orge 1857, Hermanas Terciarias: P. Larroca, 1873. Hermanas terciarias de nuestra Orden: General Sanvito, 1874, o simplemente Terciarias Dominicas. En realidad no tenían necesidad de otro nombre particular, porque no había ninguna otra Congregación de Dominicas en España.

¿De dónde vino el nombre de Anunciata? El P. Getino en el apéndice de su biografía hace un minucioso estudio de la historia de este nombre y afirma que entre las Hermanas se había hecho muy general la idea de que había sido una equivocación lingüística de la curia generalicia en Roma, aunque él lo atribuye más bien a invención del P. Larroca al enviar de vuelta en 1884 las Constituciones modificadas, siendo Director de la Congregación el Padre Casatmijana.

El Padre de Garganta en su detallada y precisa biografía del Padre Coll pone de manifiesto que el Padre Getino parte del supuesto de que el nombre de Anunciata no existe en catalán con referencia a la Anunciación a María, mientras que él, con maestría de experto investigador, reconociendo su poco uso, hace varias citas de este empleo y en especial y en especial la del convento de la Anunciata de Gerona, cuyo recuerdo pudo influir en el Padre Coll.

El Padre Vito T. Gómez encontró en el archivo del Vaticano recientemente abierto una carta con fecha del 11 de septiembre de 1879 que envía el Padre Enrich al Maestro Fr. José M^a Sanvito, Vicario General de los Predicadores, en la que dice así: “Espero poder dar al P. Larroca el borrador de las Ordenaciones para añadir a la Regla de la Orden Tercera para nuestra Congregación a la que el Padre Coll dio el título de la Encarnación del Hijo de Dios. Quizá pareciera mejor decir de María V. Anunciata...”

Según esto el nombre de Anunciata sería sugerencia del P. Enrich recogida seguramente del ambiente y se habrá hecho oficial al devolver el P. Larroca la Regla en 1884, pero antes ya se había usado este nombre.

En efecto, el P. Enrich en 1874 en la circular que envía a las Hermanas al quedar como delegado del Padre Coll la dirige “a la M. Rda. M. Priora General y demás Prioras y Hermanas Terciarias Dominicanas de la Congregación de la Encarnación del Hijo de Dios”. Y en esta misma circular las exhorta a aprender el ejercicio de la presencia de Dios en Nazaret, donde el Verbo encarnado pasó la mayor parte de su vida, alegando como motivo el que la Congregación lleve el nombre de la Encarnación del Hijo de Dios. Asimismo, al fallecer el Padre Coll, el Padre Enrich puso en el epitafio que había dejado al mundo la Congregación de la Encarnación del Señor. Y en 1876 en su segunda circular la nombra también de la Encarnación del Hijo de Dios. (La dirige como Superior de toda la Congregación de la Encarnación del Hijo de Dios de las H.H. de la Tercera Orden de la Penitencia de Sto. Domingo).

Pero el mismo P. Enrich en su 3ª y 4ª circular respectivamente del año 1881 y 1882 la designa de la Sma. Anunciata. Es de notar que se da este cambio después de la sugerencia del P. Enrich al Maestro de la Orden P. Sanvito. más tarde el P. Casamitjana en 1887 y 90 de la Sta. Anunciata y ya el Padre Lesmes también en el año 1892 sólo de la Anunciata.

Y así se llama hoy: Congregación de Hermanas Dominicanas de la Anunciata. Y si bien es verdad que la atención principal debe estar en lo de DOMINICAS, donde el Padre Coll puso el acento, debe ser también sugerente y motivador lo de ANUNCIATA, que es como algo específico y muy nuestro. Pero antes veremos:

II- ¿QUÉ SIGNIFICA TENER NOMBRE?

Todos tenemos un nombre: las personas, las cosas, las Instituciones:.. Aún no ha nacido un niño y ya la familia está pensando cómo se va a llamar. Lo mismo sucede cuando se crea una asociación, un club o, un simple grupo juvenil, o aparece cualquier cosa nueva.

Llamar por su nombre a una persona es darle una muestra de afecto. “El buen Pastor llama a cada una de sus ovejas por su nombre” (Jn 10, 3), y es también un medio de despertar simpatías o de crear lazos de amistad y comunión. Bien dicen que la música más agradable al oído de cualquiera es el sonido de su propio nombre. De ahí el arte de recordar nombres.

El nombre es como la persona o la cosa misma. En sentido bíblico y en el antiguo Oriente en general, el nombre no sirve sólo para designar a alguien o a algo sino que pertenece a su esencia (cf. Grollenberg: Visión nueva de la Biblia). Fray Luis de León comentando los nombres de Cristo dice que el nombre “se sustituye por aquello de quien se dice y se toma por ello mismo”. De ahí el invocar o alabar el nombre del Señor o profetizar en su nombre. Dios da cima a la creación poniendo nombre a todas las

criaturas (Gn 1, 3-10) o encarga a Adán dar nombre a cada uno de los animales (Gn 2, 20).

Cuando las cosas pasen quedan los nombres, dirá Jorge Guillén en el bello poema del famoso Cántico: “Albor. El horizonte -entrebrea sus pestañas- y comienza a ver, ¿Qué? Nombres...”

Existe la creencia en el pensamiento bíblico de que el nombre responde a la naturaleza del que lo lleva (cf. Diccionario de la Biblia, De. Herder). “No hagas caso de Nabal, porque su nombre dice lo que es”, decía Abigail a David (1 Sm 25, 25). Si “nomen est omen”: el nombre es augurio.

¿Cuál es la naturaleza o la identidad de la Anunciata? ¿Nos preocupamos de conocerla? ¿de no desvirtuarla? ¿de responder a sus exigencias?

Como el nombre en este contexto bíblico no sólo designa sino que determina la naturaleza del que lo lleva, cambiar el nombre de alguien equivalía a un cambio de destino o de misión. Por eso vemos cómo al dar Dios una nueva misión a alguien le cambia de nombre. Así lo hizo con Abraham (Gn 17, 5), Sara (Gn 17, 15), Jacob (Gn 32, 29), por citar algunos casos del A.T. y en el Nuevo, Cristo se lo cambia a Pedro (Mt 16, 18), “como señal de que en lo secreto del alma le infundía a él más que a ninguno de sus compañeros un don de firmeza no vencible”, dice Fray Luis de León, en los Nombres de Cristo.

Como nada sucede al azar, sería bueno que nosotras nos detuviésemos a pensar qué significado tendrá en los planes de Dios el nombre de la ANUNCIATA. El por qué de este nombre. Qué misión habrá querido confiar Dios dentro de su Iglesia a la Congregación que lleva este nombre de ANUNCIATA.

Sí, ANUNCIATA, nombre para nosotras querido. Dice Fray Luis de León, en los Nombres de Cristo que hay nombres que “están en el alma y otros que suenan en la boca”. Nosotras tenemos que llevar en el alma el nombre ANUNCIATA. Ha de ser para nosotras sugerente, motivador. Por eso os invito a reflexionar también:

III- QUÉ NOS DICE A NOSOTRAS EL NOMBRE DE LA ANUNCIATA

Si nos detenemos a reflexionar sobre el rico contenido que este nombre encierra, podremos ir descubriendo matices y valores que pueden muy bien ser como directrices o programa de vida del ser religioso y de la misión de la dominica de la Anunciata hoy. Contribuiría a ir enriqueciendo y perfilando nuestro peculiar modo de ser o espíritu congregacional.

El nombre de Anunciata sabemos se refiere al misterio de la anunciación del ángel a María. En este misterio podemos considerar:

- * a María, la persona a quien se anuncia, su actitud, su respuesta, su vida...
- * el contenido del anuncio, esto es, la encarnación del Hijo de Dios.

1- Nos detendremos ahora especialmente en la figura de María, partiendo del relato de Lucas. Os pido una actitud contemplativa. Dice William Ramsay que el relato pierde encanto cuando se recita en voz alta. Nuestras Constituciones se detienen poco en sacar consecuencias prácticas de la consideración de María en este misterio. En el número 90 nos la pone como modelo de escucha y acogida al anuncio del ángel y en el 139 como modelo de disponibilidad.

Casi siempre lo que más nos admira al contemplar a María en este misterio es su DISPONIBILIDAD. Es la VIRGEN FIEL, DISPONIBLE, OBEDIENTE. Nos asombra la prontitud con que pronuncia su SÍ, su FIAT. Se entrega totalmente a lo que Dios quiere de Ella.

Dios no le habla directamente sino por medio del ángel, pero ella obedece aun cuando este anuncio trastorne sus proyectos y haya de sumir a José en la ansiedad (Mt 1, 19). Como dice San Ireneo “obedeciendo se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano... El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María”.

“Anticipando en sí misma la estupenda petición de la oración dominical “Hágase tu voluntad” (Mt 6, 10) respondió al mensajero de Dios: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38; M.C. 21). Estas sencillas palabras, las más bellas que criatura alguna pudiera pronunciar, vienen a ser como la fórmula de su consagración virginal, de su entrega total.

Es modelo de consagración y virginidad de todos aquellos que quieren “hacer de la propia vida una ofrenda a Dios” (M.C. 21), virginidad fecunda que la convierte en Madre de Dios y también en verdadera Madre de todos los vivientes (cf. M.C. 6).

La maternidad virginal de María se constata en el Evangelio, la virginidad perpetua es doctrina de la Iglesia, Concilio de Letrán, año 649 y hoy se va generalizando la idea, I. Schmid, Paul Gechter, de que la decisión de permanecer virgen fue una consecuencia de la Anunciación, “una opción valiente llevada a cabo para consagrarse totalmente al amor de Dios” (M.C. 37). “Al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente a la persona y a la obra de su Hijo” (L.G. 56). Era toda de Dios, de tal modo que el ángel pudo decirle “el Señor está contigo”.

Nunca meditemos bastante en la profunda frase “he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” en la que María, como dijo el Papa Juan Pablo II en la inauguración de Pueblo, “concentró todo el programa de su vida”. El FIAT de la Virgen debe ser también el lema y el programa de vida de la dominica de la Anunciata. En la fidelidad y disponibilidad de María que la llevan a una obediencia valiente y arriesgada y a una consagración virginal debe encontrar una imperante motivación y cuestionamiento de su fidelidad y disponibilidad de su obediencia y de la fecundidad de su virginidad.

A la luz de este pasaje podemos reflexionar si el FIAT de María tiene repercusión en nuestra vida, recordando que según Sto. Tomás “el voto de obediencia es lo que hace

a uno religioso”, la especial importancia que le dio Sto. Domingo de tal modo que sólo exigía a sus frailes comunidad y obediencia y que según el Padre Coll es “la virtud que más debe amar una religiosa, porque es la que más la une al amor de Dios (Regl. V). Y preguntarnos si es fundamental en nuestra vida el descubrimiento de la voluntad de Dios a través de un auténtico discernimiento personal y comunitario. Si nuestra disponibilidad y obediencia es semejante a la de María cuando el cómo no está claro o nos lanza al riesgo. Si creemos en las mediaciones, como creyó María al ángel.

Y podemos también preguntarnos si, como María, vivimos nuestra donación en el gozo de la intimidad divina (cf. N.L. 35), abiertas a un amor oblativo y universal. Si nuestro Sí a Dios, es fecundo para los hermanos.

María estaba disponible, porque creía. Se nos presenta a través de toda su vida y muy especialmente en este misterio de la Anunciación como el prototipo de la MUJER DE FE MADURA, capaz de acoger la Palabra y realizarla. Es la VIRGEN CREYENTE, que pudo oír de labios de Isabel “feliz tú, porque has creído” (Lc 1, 45), y cree sin exigir pruebas. La actitud de María contrasta con la de Zacarías (Lc 1, 18): “LA VIRGEN OYENTE, que acoge con fe la Palabra y como intuyó S. Agustín “concibió creyendo al que dio a luz creyendo, llena de fe concibe a Cristo en su mente antes que en su seno” (cf. M.C. 17).

La fe no es una simple adhesión de la mente, sino adhesión vital a Dios y a lo que Dios revela (cf. V.D. 5). Adhesión existencial que compromete arriesga la vida entera. Nos dice Hermann Schikle que “María se expuso al riesgo y dio el Sí de su vida sin otro motivo que su fe y su amor y que si la fe se caracteriza precisamente por la decisión arriesgada y la soledad bajo la carga impuesta por Dios, la fe de María fue única (María Madre del Redentor).

La fe tiene que alimentarse con la oración. Nos gusta ver a María en este misterio de la Anunciación en actitud orante, receptiva. Así la representó el arte a través de los tiempos. Es la VIRGEN ORANTE. si, como dice Schillebeeckx, “la esencia de todo acto de oración es lograr que nuestra voluntad se conforme a la voluntad de Dios” o según frase del Cardenal Pironio “entrar en comunión con la voluntad del Padre”, el acto de conformidad de María al anuncio del ángel fue oración sublime. Decimos también que la oración es un trato o diálogo íntimo con Dios, como dice Sta. Teresa, “tratar de amistad a solas con quien sabemos nos ama”. En María al engendrar al Verbo se dio la intimidad más profunda jamás imaginable.

La oración es algo esencial a toda vida religiosa, que según Sto. Tomás, “consiste en la perfección de la virtud de religión” o “en la radicalización de la experiencia de Dios (CLAR, 14). La contemplación es también algo inherente a la identidad dominicana, pero la dominica de la Anunciata contemplando a María en este momento íntimo en que engendra a Cristo, don del Padre, por el Espíritu, para entregarlo a la humanidad, afianza en sí el lema dominicano de “contemplar y transmitir a los demás lo contemplado”. La dominica de la Anunciata tiene que encarnar la Palabra en su alma, dejarse invadir de su Espíritu hasta poder decir “ya no soy yo, sino Cristo que vive en mí” (Ga 2, 20) para después ANUNCIARLO. Ha de ser éste un rasgo peculiar nuestro.

En este año trascendental de la beatificación del Padre Coll, que pocas cosas ordenó con tanta insistencia y energía como la oración (Regla II) debemos cuestionarnos seriamente si la oración ocupa no sólo conceptual sino también existencialmente un lugar primordial en nuestra vida. Si nos dejamos invadir por la Palabra y nos esforzamos en ANUNCIARLA con la vida y en nuestra actividad apostólica.

Dice Schilleeckx que “no tenemos que andar buscando mucho para encontrar la clave de la santidad de María ya que Ella misma en su respuesta a Gabriel proclama el secreto de su vida: Ella es la esclava del Señor...” El misterio de la Anunciación es un misterio de HUMILDAD. Se nos presenta como VIRGEN HUMILDE, SENCILLA Y POBRE. Es la síntesis del espíritu de las bienaventuranzas y de los pobres de Yavé, de los humildes. “Su contrapartida, continúa Schillebeeckx, son los arrogantes, los orgullosos, que confían en sí mismos, las personas egocéntricas que no entienden el sentido de la humildad religiosa”.

A la luz de este misterio de humildad muchas enseñanzas se pueden sacar. La humildad tiene que ser uno de los rasgos principales de la dominica de la Anunciata. Tenemos que aprender a valorar esa preciosa virtud que, como dice Sto. Tomás, “nos hace ver a Dios con sublimidad y al hermano con misericordia”.

Posiblemente pensaba en esta virtud el Padre Coll al dar a su obra el nombre de la Encarnación porque al comentar este misterio en la Hermosa Rosa sólo hace referencia a ella. Y en la Regla la va enumerando detenidamente como fundamento de todas las demás virtudes. Ciertamente la sencillez y la humildad fueron una de las características de nuestras primeras Hermanas. ¿Qué podemos decir hoy?

El anuncio del ángel a María comienza con una invitación a la ALEGRÍA. “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1, 28). Poco después Isabel la llama “feliz” (Lc 1, 45) y ella vertiendo los sentimientos de su alma prorrumpa en un auténtico canto de alegría.

El gozo de poseer a Dios, la alegría de la FIDELIDAD, de la fidelidad de Dios que ama a los hombres y los salva y de su propia fidelidad, de su FIAT, de ser posesión del Señor. El secreto de la felicidad según el propio Jesús está en “recibir la Palabra y realizarla” (cf. Lc 11, 28). Porque era humilde y desinteresada y supo olvidarse de sí sin pensar en los riesgos que había de correr, pudo sentir esa alegría y ese gozo por las cosas de Dios. “La verdadera alegría supone el altruismo y el olvido de sí” (Boros).

Dice Horacio Bojorje que “si alguien no siente en sí la alegría de creer, mire el rostro iluminado de María creyente y oiga la exultación de su Magnificat”.

La dominicas de la Anunciata tiene que descubrir en la contemplación de este misterio una fuente de auténtica alegría. Y ciertamente creo que fue la alegría un distintivo o rasgo de la Congregación a través de los años. Debió de infundirla a las primeras Hermanas el Padre Coll que con tanta fuerza experimentaba el gozo del cielo. ¿Somos actualmente testigos de la alegría del Reino? Para ello haría falta vivir a fondo la alegría de la fidelidad a nuestra vocación.

La alegría de María no es sólo por lo que Dios ha realizado en Ella, sino porque Dios envía la salvación a su pueblo (cf. Lc 1, 54). Se siente SOLIDARIA de su situación. Atenta a la Palabra de Dios sabe también escuchar los clamores del pueblo oprimido. Toda experiencia auténtica de Dios lleva consigo una experiencia de COMUNIÓN y SOLIDARIDAD. Volviendo al precioso texto del Magnificat vemos a María compenetrada con la situación del pueblo entonar llena de júbilo un canto de liberación, la misericordia de un Dios que no permanece insensible al drama humano y viene a establecer un orden nuevo, un Reino, donde florecerá la justicia y el derecho del humillado y reinará la paz definitiva (cf. Lc 1, 46 ss.). Es la salvación integral y completa, que abarca las relaciones del hombre para con Dios, con los demás hombres y con las cosas.

María está en la línea de las mujeres del A.T. comprometidas con la situación de opresión del pueblo de Israel: Judith, Esther, Ana ..., pero así como Ana, con cuyo canto (1 S 2, 1-10), se da un perfecto paralelismo, representa a Israel, María representa a la humanidad entera. La sentimos muy cercana. Es modelo de la mujer de hoy. Pablo VI nos dice en M.C. 37 que “la mujer contemporánea deseosa de participar con poder de decisión en las elecciones de la comunidad ..., comprobará con gozosa sorpresa que María de Nazaret, aún habiéndose abandonado a la voluntad del Señor fue algo completamente distinto de la mujer remisiva o de religiosidad alienante, antes bien fue mujer que no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba de su trono a los poderosos del mundo”.

La dominica de la Anunciata al saborear la riqueza de este cántico que expresa los sentimientos que embargaron a María a raíz de la Anunciación tiene que encontrar una fuerte motivación para “compartir las angustias y las esperanzas del hombre de hoy” (cf. G.S. 1), sensibilizarse ante el problema de la justicia y comprometerse en la liberación del pueblo. ¿Tiene realmente esta fuerza ese hermoso cántico que diariamente entonamos? ¿Somos solidarias de la situación de los que están viviendo a nuestro alrededor, tal vez en la propia comunidad, y nos comprometemos en su liberación?

Al dar María su Sí al ángel asume entrar de lleno en la obra de la Redención. Se convierte en CORREDENTORA. Conocía las Escrituras y sabía que aceptar ser la Madre de Dios era aceptar se la madre de un condenado a muerte. Era abrazar el dolor y el sufrimiento.

La dominica de la Anunciata tiene que aprender del Sí de María a colaborar en la obra redentora de Cristo sin escatimar esfuerzo y trabajo y asumiendo como María en plena disponibilidad el dolor y la cruz.

En la Anunciación María recibe plenamente al Espíritu Santo. Dice René Laurentin que Lucas describe la Anunciación como un proto-pentecostés, el Pentecostés de María y considera a “María como prototipo de la Iglesia en su relación con el Espíritu Santo para la interiorización de Cristo y su nacimiento en el mundo”. Subraya Laurentin la identidad de los términos que emplea Lucas para describir estos acontecimientos: El Espíritu Santo vendrá sobre ti (Lc 1, 35), en la Anunciación, y el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros (Hch 1, 8), en la Ascensión.

Dicen que es esta la hora del Espíritu. ¿Creemos realmente en su fuerza, y estamos abiertas a su acción?

2- La encarnación del Hijo de Dios.

Después de contemplar a María en este misterio de la Anunciación podríamos detenernos ahora a meditar el contenido del Anuncio: la Encarnación del Verbo, ya que fue precisamente este nombre el que dio el Padre Coll a la Congregación. Nuestras Constituciones también se detienen en el número 2 en este aspecto del misterio. Sin duda descubriríamos también una rica motivación, pero os invito a hacerlo en otra oportunidad y nos limitaremos ahora a una breve consideración sobre el hecho de la Encarnación.

Lo primero es que la Encarnación es la prueba más grande del amor que Dios tiene a los hombre (1 Jn 4, 9).

En la creación Dios nos amó tanto que nos hizo a su imagen, pero en la encarnación nos amó hasta el extremo de hacerse Él semejante a nosotros. Se hizo hombre con todas sus consecuencias (cf. Ga 4, 4), pero sin perder su identidad divina. No fue una encarnación indiscriminada. Fue probado en todo igual que nosotros, pero no en el pecado (Hb 4, 15) y estuvo en el mundo como nosotros, pero sin dejarse arrastrar por sus categorías, en una forma de existencia nueva, síntesis de su doctrina del Reino, que de algún modo podría expresarse en aquel “estar en el mundo sin ser del mundo” (Jn 15, 18).

En estas breves consideraciones podemos descubrir como unos lineamientos o principios de vida para las que llevamos el nombre del misterio.

Toda nuestra vida tiene que ser una manifestación del amor que Dios tiene a los hombres, por la alegría que experimentamos de sentirnos amadas por Dios y por el abnegado servicio a los hermanos, al que este amor nos impulsa. Testigos del AMOR y de la COMUNIÓN.

Otra enseñanza es que tenemos que encarnarnos en la realidad en que vivimos, participando de la problemática de nuestros hermanos, en solidaridad y comunión con ellos, con sus angustias y esperanzas y especialmente con los más necesitados y marginados de nuestra sociedad. “Comprometidas hasta las últimas consecuencias en el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica ..., fruto indispensable de una evangelización liberadora” (Puebla, 416). Porque el reino de Cristo tiene que empezar ya aquí.

Tenemos que poner toda la ilusión y todo el esfuerzo en la construcción de un mundo más justo y más fraterno, en ser como nos invita Puebla en su mensaje “constructores abnegados de la civilización del amor” que proponía Pablo VI, empezando por el propio ambiente.

Pero para poder insertarnos en la realidad tenemos antes que conocerla y amarla.

Debemos encarnarnos, como Cristo, sin perder nuestra identidad, sin “oscurecer la originalidad específica de la propia vocación, que deriva del peculiar seguimiento de Cristo pobre, casto y obediente”, como decía el Papa Juan Pablo II a las Superiores Mayores. Conseguiremos esto, si como decía también el Papa, “vivimos en contacto habitual con Dios, si sabemos mantener como recordaba el P. general con la frase de Bonhoeffer, “la valentía de las distancias”, ese estar en el mundo sin ser del mundo. En este mismo sentido decía el Cardenal Pironio en la asamblea anual de la Sda. Congregación de Religiosos el año pasado: “el religioso si quiere hacer algo por la promoción integral y la liberación plena de los pueblos tiene que seguir siendo esencialmente religioso”. Y asimismo Pablo VI en la E.N. 69: “los religiosos tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz. A través de su ser más íntimo se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta del Absoluto de Dios, llamada a la santidad: Es de esta manera que ellos dan testimonio”.

En este momento trascendental para nosotras podemos preguntarnos: Si realmente las dominicas de la Anunciata estamos encarnadas en el mundo de hoy. Si sabemos captar sus necesidades y darles una respuesta a la luz de la fe.

Sería un momento bueno para replantearnos la oportunidad de nuestros servicios y sus prioridades.

Examinar cómo es nuestra encarnación: si es real o más bien idealista, que busca la solidaridad con los que están lejos sin saber insertarse en el propio ambiente.

Si nuestra encarnación es original, significativa, cuestionante, la de una existencia que vive los valores trascendentales del Reino y los anuncia, o es más bien una mundanización y un dejarse llevar de los slogans de la sociedad de consumo en que vivimos.

Esto es, si sabemos mantener nuestra originalidad de religiosas Dominicanas de la Anunciata y ponemos todos los medios para reafirmarla.

(Tomado de: www.dominicasanunciata.org/formacion)